



NÚMERO 688

9 DE MAYO DE 1910

AÑO XXVIII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 á 3.—Trajes de verano



4.—Traje de señorita

SUMARIO

TEXTO. — Explicación de los suplementos. — Descripción de los grabados. — Variedades. — El hijo político, novela francesa de M. C. A. F. (continuación). — Receta útil.

GRABADOS. — I á 3. Trajes de verano. — 4. Traje de señorita. — 5. Traje de estilo de sastre. — 6. Blusa de encaje de Irlanda. — 7. Vestido de señorita. — 8. Chaqueta Saint-James. — 9. Cuello de ganchito. — 10 á 12. Trajes de paseo. — 13 á 18. Trajes de primavera y faldas de estilo de sastre.

HOJA DE PATRONES NÚM. 688. — Tres prendas de novedad.

HOJA DE DIBUJOS NÚM. 688. — Diversos y variados dibujos.

FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de calle.

EXPLICACION
de los
Suplementos

1. HOJA DE PATRONES NÚM. 688. — Cuerpo blusa, paletó y martiné. — Véanse los grabados y explicaciones en la misma hoja.

2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 688. — Diversos y variados dibujos. — Véanse las explicaciones en la misma hoja.

3. FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de calle.

Primer traje, de velo azul pálido. La falda forma canesú recortado en picos, así como el borde inferior, y el

centro va fruncido. Unos lunares bordados de azul oscuro adornan el canesú y el borde de la falda. El cuerpo, fruncido y cruzado, está adornado de lunares bordados, así como las manguitas cortas. La golilla vuelta y las bocamangas son de linón bordado. La blusa y las mangas son de encaje, cubiertas de muselina de seda azul pálido. La corbata y el cinturón son de seda liberty azul oscuro. Sombrero de crinol, drapado de tul y adornado de plumas Chantecler.

Segundo traje, de estilo de sastre, de jerga gruesa gris humo. La falda, lisa por delante y por detrás, forma unas presillas que ajustan los lados plegados, prendidos con botones de madera. La chaqueta semiajustada se abrocha á un lado con botones y está adornada de tiras respunteadas que forman el cinturón y brazaletes. El cuello redondo es de hilo y el cuello recto es de linón bordado. Los vuelos de las mangas de sastre son de encaje. Toca turbante de paja gruesa gris drapada, adornada por delante de un grupo de cabezas de plumas color de granate.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

I á 3. TRAJES DE VERANO.

I. *Vestido de casa*, de hechura de blusa rizada en la cintura, de fulard ó batista estampada. Esta blusa cae sobre una falda lisa y está orlada de guipur por el borde, alrededor del escote y de las manguitas cortas. Las mangas largas son de linón, fruncidas en los puños.

II. *Traje sencillo*, de velo crespón ó tussor. La falda, con delantal liso, está plegada á los lados y detrás y ajustada con una tira orlada de galón. El cuerpo es liso por delante y plegado á los lados y detrás como la falda. El canesú es de guipur, prolongándose en puntas sobre las manguitas cortas orladas de galón. Las mangas interiores son de guipur. Sombrero de crinol negro, con un drapado de seda escocesa y adornado de dos grandes rosas.

III. *Traje de señorita*, de linón de color crudo con filetes color de castaña. El vestido se abrocha á un lado con botones de seda. El cinturón drapado es de seda color de castaña. El cuello y las bocamangas son de seda bordada, orlados de volantes de lencería. Sombrero de paja gruesa verde, con el ala levantada y prendida con una coronita de rosas y un penacho.

4. *TRAJE DE VERANO*, de tela flexible de color liso. La falda de hechura de funda, terminada en un borde liso, está adornada de una hilera de botones. El cuerpo liso forma con las manguitas cortas una sola pieza y se recorta sobre un canesú de seda japonesa; las mangas interiores son de esta misma tela. La orla del escote, la de las mangas y el cinturón son de seda azul. Sombrero Polichinela, de paja ramia, guarnecido de un gran lazo liberty azul.

5. *TRAJE DE ESTILO DE SASTRE*, de seda lisa y seda á cuadros negros. La falda está ajustada por el borde con una tira lisa que la drapea ligeramente bajo dos botones de seda negra. La chaqueta es de seda á cuadros, orlada de una tira de tela lisa todo alrededor y en las bocamangas. El cuello es de seda negra. Gran toca de esterilla gruesa de color mordorée, guarnecida de cinta negra.

6. *BLUSA DE ENCAJE DE IRLANDA*. Se hace toda de ganchito y se compone de un gran dibujo en el centro del delantero, que se une á dibujos pequeños con sus hojas y barritas con piquillos. Para el dibujo A se hacen 5 puntos de cadeneta y se cierran formando una anilla. *Primera vuelta*: 15 bridas dentro de la anilla. *Segunda vuelta*: 10 puntos de cadeneta, 1 brida ajustada, repitiéndolo cinco veces. *Tercera vuelta*: 13 bridas, 1 ajustada; repítese cinco veces. La flor del dibujo B se compone de una anilla en el centro, 15 puntos de cadeneta,



5.—Traje de estilo de sastre

1 brida ajustada, repítese tres veces, 15 puntos de cadeneta, 10 dobles bridas, 1 hilera de bridas ajustadas y así se va continuando hasta obtener toda la flor. El tronco se hace sobre una hilera de puntos de cadeneta y de bridas, así como el lado

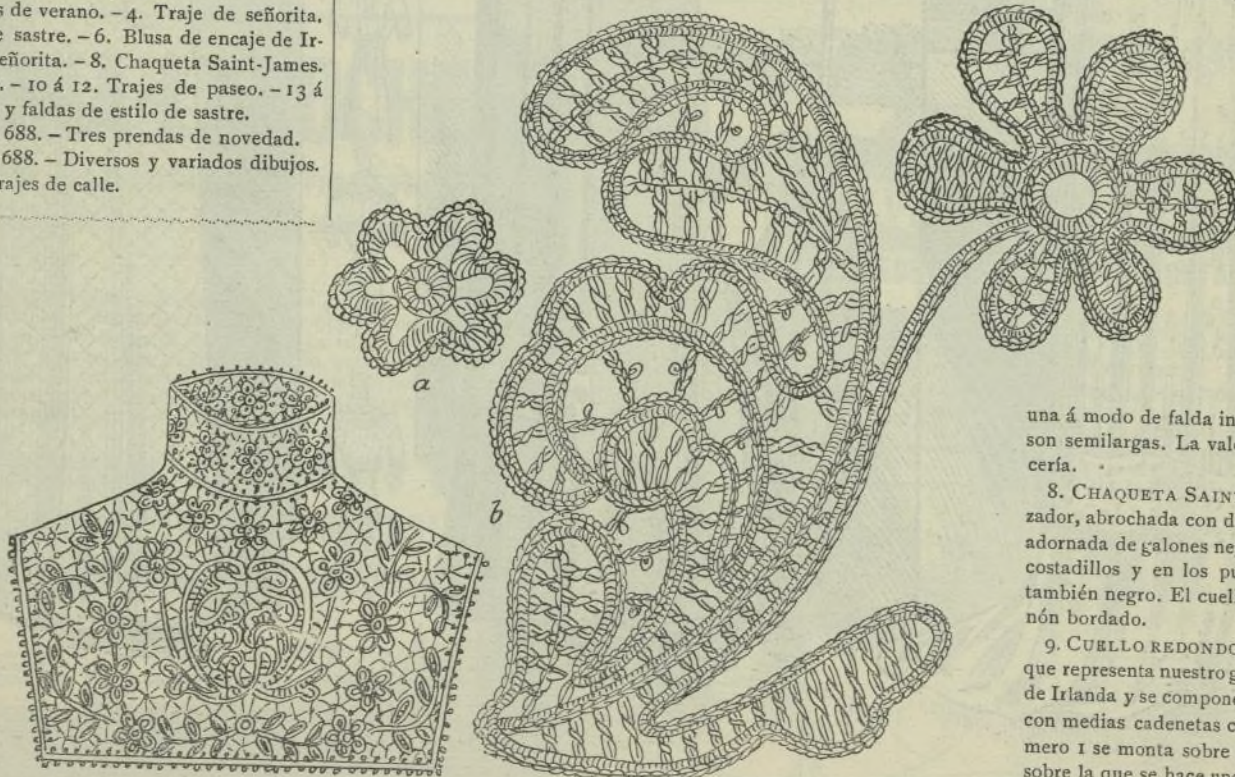
del dibujo que figura una hoja y va unida con cadenetas y barritas con piquillos. El cuello recto se hace de pequeños dibujos A, que se unen á la blusa con una hilera de bridas ajustadas, así como el borde de la camiseta.

7. *VESTIDO DE SEÑORITA*, de percal estampado, rizado en la cintura y á media falda, formando un volantino que cae sobre

una á modo de falda interior estrecha. Las mangas son semilargas. La valonita de Pierrot es de lencería.

8. *CHAQUETA SAINT-JAMES*, de paño azul cazador, abrochada con dos botones de faille negro y adornada de galones negros en los hombros, en los costadillos y en los puños. El cuello es de faille también negro. El cuello alto y el peto son de linón bordado.

9. *CUELLO REDONDO DE GANCHITO*. El modelo que representa nuestro grabado se hace de ganchito de Irlanda y se compone de dibujos sueltos unidos con medias cadenetas con piquillos. El dibujo número 1 se monta sobre una mecha de cinco hilos, sobre la que se hace una hilera de bridas ajustadas con piquillos como lo indica el grabado. Los arabescos se unen con calados hechos con la aguja,



6.—Blusa de encaje de Irlanda



7.—Vestido de señorita

unidos á su vez por el borde con un redondelito hecho de ganchito. El dibujo núm. 2 se hace como el núm. 1, las hojitas á punto repetido y el centro con un calado que forma cuadrillos. Los dibujitos del centro se hacen siguiendo las indicaciones del grabado.

10 á 12. TRAJES DE PASEO.

I. *Traje de fantasía de estilo de sastré*, de paño verde ruso. La falda, con delantal estrecho, está cortada por detrás formando canesú sobre un volante ancho plegado y adornado de pespuntos y de hermosos botones de raso verde. La chaqueta está recortada por delante formando chaleco figurado cruzado, abrochado con dos hileras de botones de raso verde y orlado de tiras pespunteadas. Las solapas y las bocamangas son de raso negro. El chaleco interior es de raso verde, orlado de una trencillita negra. El cuello y el peto plegado son de linón. Sombrero de paja, adornado de seda liberty y de un precioso lazo de tul.

II. *Vestido de velo azul de tejido grueso*, fruncido en la cintura y abrochado á un lado á modo de blusa rusa, bajo un galón formado con torcidos de raso unidos con un zizás de trencilla. Este mismo galón rodea el escote del vestido y las manguitas cortas. El cinturón y el canesú redondo son de seda flexible. El cuello es de linón plegado. Las mangas forman en el codo un pequeño globo de linón. Unos dibujos bordados de trencilla adornan el cuerpo y la falda. Sombrero de paja yedda, ribeteado de raso y guarnecido de una fantasía Chantecler.

III. *Traje de estilo de sastré*, de hilo blanco, guarnecido de bieses de hilo encarnado orlados de una trencillita fina. La falda, con delantal plegado, está adornada de dos tiras de hilo por el borde. La chaqueta Patricia, que se abrocha recta por delante, va adornada de botones y presillas de cordón. El cuello Claudina y los puños están orlados de bordado inglés. Sombrero de rafia, adornado de una cinta encarnada y de un lazo muy grande también encarnado.

13 á 18. TRAJES DE PRIMAVERA Y FALDAS DE ESTILO DE SASTRE.

I. *Falda de sastré*, de paño, lana ó hilo, con canesú corto por detrás y más largo por delante, recortada formando una presilla en el lado y adornada de un bordadito de trencilla. Un galón de fantasía guarnece el canesú por detrás y el borde de la falda plegada. El cinturón está abrochado á un lado con un botón.

II. *Falda de sastré*, de paño, lana ó hilo, cortada delante formando delantal estrecho; la parte de atrás va ajustada por abajo con una presilla recortada prendida con botones. Dos hileras de pespuntos se hacen á cada lado del delantal. El cinturón está recortado por delante como la presilla del borde.

III. *Traje de primavera*, de velo ó shantung. La falda forma delantal corto, cortado en punta y orlado de cinta con grupos de botones. La espalda forma una tabla en el centro, bajo la cual se ocultan las dos cintas que adornan la falda. El cuerpo es ablusado, con peto delante, guarnecido de botones y abrochado á un lado bajo una cinta. Las manguitas cortas son de la tela del vestido, y los globos de los codos de linón, con brazaletes de cinta. El cuello es de linón bordado. Sombrero de paja yedda, forrado de crespón de China y adornado de una tira ancha de encaje de Irlanda prendida con dos plumas de tonos diferentes.

IV. *Traje de primavera*, de fulard rayado, guarnecido de galones calados. La falda, adornada de galón, se abrocha á un lado y cae sobre un volante ancho liso, por debajo del cual sale la falda también. El cuerpo ablusado está adornado de galón con escote cuadrado sobre una camiseta de linón plegado. Las mangas semilargas llevan bocamangas orladas de galón. El chal es de tul bordado. Sombrero de paja tagala, ribeteado de terciopelo y levantado por delante con un ramo de rosas color de rosa.

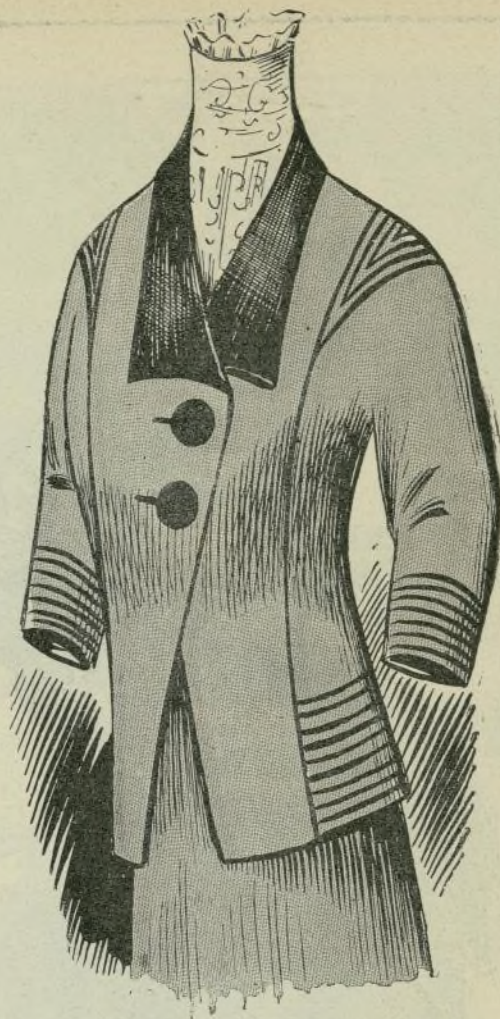
V. *Falda de sastré*, de jerga, recortada por delante, con delantal estrecho orlado de pespuntos que se prolongan sobre la tabla. La parte de detrás de la falda forma canesú cortado en punta y una tabla en el centro. Unos bordados de trencilla guarnecen las puntas.

VI. *Falda de sastré, montante*, de velo ó shantung, formando delante delantal estrecho guarnecido de botones y á los lados canesú orlado de una tira pespunteada y detrás una tabla que termina en un á modo de volante plegado á pliegues ocultos.

VARIEDADES

Cartas de un gran compositor

Verdi no fué amigo de sostener correspondencia con nadie; solía decir que en su calidad de compositor, no se creía obligado por ninguna contrata á hacer de escritor. Su esposa, que

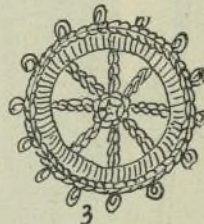
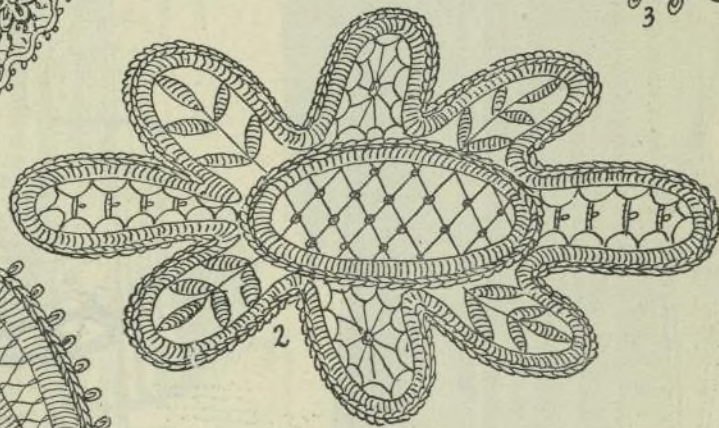
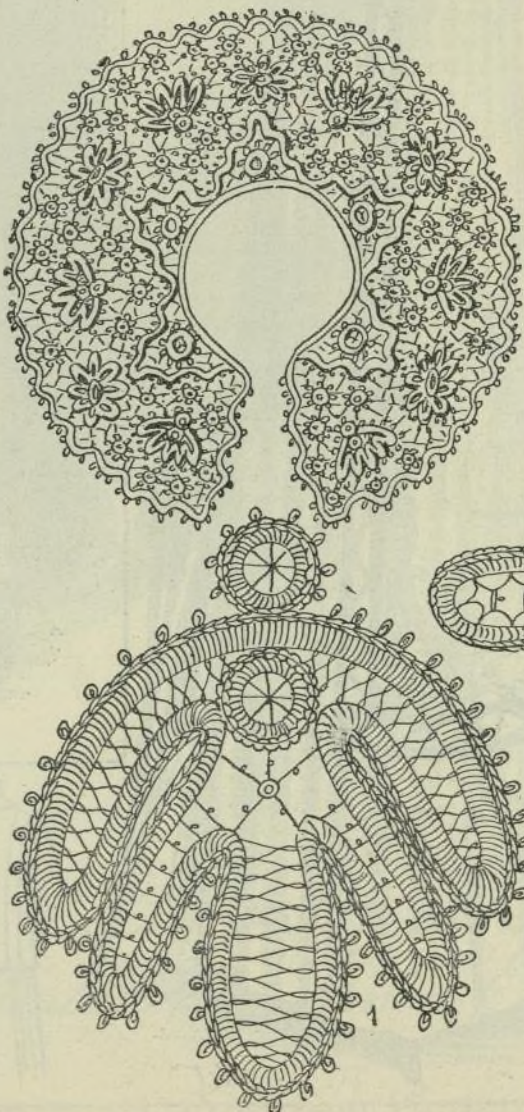


8.—Chaqueta Saint-James

era maestra en el arte del carteo, le llevó la correspondencia. Muy interesante es, por lo tanto, el reciente encuentro de siete cartas escritas de puño y letra de Verdi, seis de las cuales iban dirigidas á su amigo Di Filippi, el crítico musical de la *Perseveranza*, y una á su editor Tito Ricordi.

En una de las primeras se queja de la mala suerte que le cupo á su ópera *Simón Bocanegra* y de la inconstancia del público.

En otra confiesa que se considera como uno «de los compositores menos ilustrados de los tiempos actuales y de los pasados.» En una tercera carta encuéntrase cierta indicación que induce á creer que ya en el año 1879 pensó Verdi en la creación de su *Falstaff*. «Quién sabe—escribe—lo que haré más adelante; tanto podría ser un «Requiem» como un «Stabat», como una ópera cómica.» Invita en la misma carta á Di Filippi á que vaya á verle en su villa de Busseto. «No crea usted—le dice—que entrará en un santuario dedicado á la música. En esta casa no encontrará usted música impresa alguna, ni siquiera



9.—Cuello redondo de ganchito

ra una sola partitura, y el único instrumento que hay es un piano destemplado.»

En otra de las cartas, algo más extensa que las demás, se extiende sobre lo que él llama su «ignorancia musical» en los siguientes términos: «No sé á punto fijo lo que ha pasado entre usted y Ricordi, pero, si no me equivoco, Guilió, quien entre todas las piezas da la preferencia al «Cantabile d'Eleonora», se encontró algo confundido al oír que lo consideran como una imitación de Schubert. Si, en efecto, es ésta la versión me hallo tan sorprendido como él, porque yo, con mi completa ignorancia musical, no sabría decir siquiera cuántos

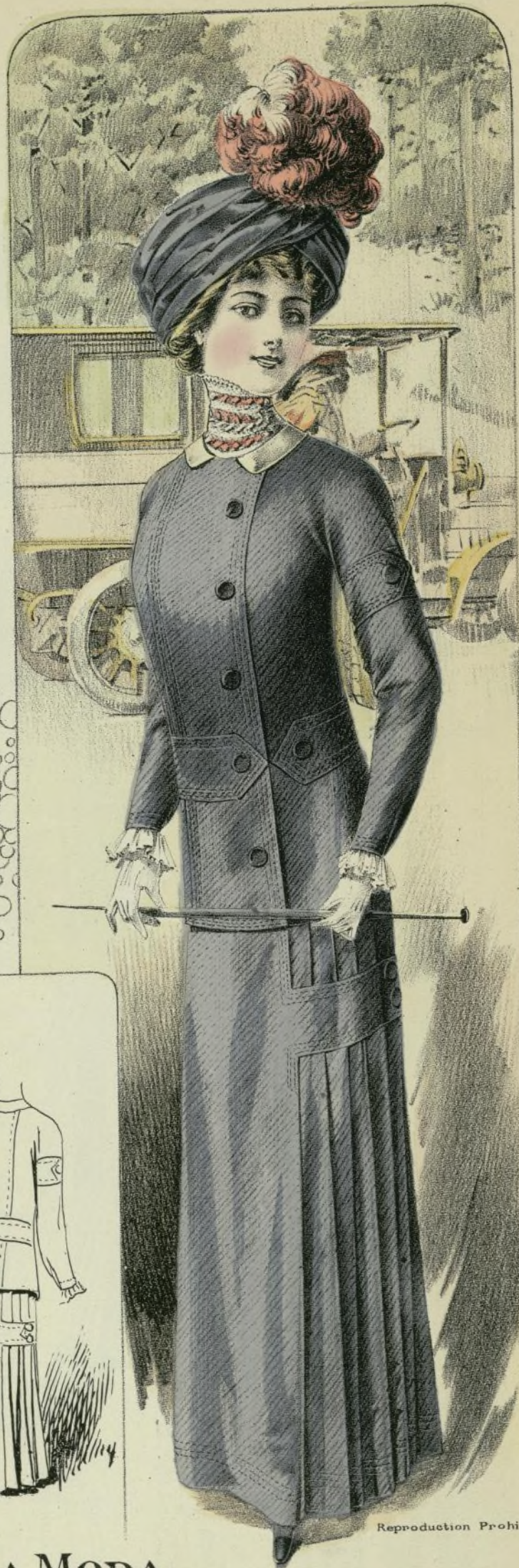


10 á 12. — TRAJES DE PASEO



462

Gaston DROUET, Éditeur



Reproduction Prohibida.

J. Bas Imp. Paris.



EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona

XXVI. — N° 688

ESTREÑIMIENTO SUPOSITORIOS CHAUMEL

para Adultos, y para Niños.
Infalibles; efecto producido en media hora.
FUMOZE-PARIS, y en todas las Farmacias del Globo

Solución Pautauberge, el
remedio más eficaz para curar las enfer-
medades del pecho, las toses recientes y
antiguas, las bronquitis crónicas.

Ayuntamiento de Madrid



La „CRÈME SIMON„ la gran
Marca de las Cremas de
Belleza, es sin rival para el
tocador de las Señoras.





13 á 18. — TRAJES DE PRIMAVERA Y FALDAS DE ESTILO DE SASTRE

años hace que no he oído más que el «Ave», y que, por lo tanto, muy difícil me sería imitarle. No crea usted que digo mentirijillas al hablar aquí de mi profunda ignorancia musical. No; digo la pura verdad. En mi casa apenas tengo música; jamás he frecuentado las bibliotecas musicales ni he ido a casa de un editor para enterarme a fondo de una u otra composición. Verdad es que conozco algunas de las mejores obras contemporáneas, pero no por haberlas estudiado, sino por haberlas oído en el teatro. Usted comprenderá la intención que así me hace obrar.

»Le repito, pues, que me considero como el compositor me nos ilustrado entre los músicos actuales y pasados. Entendámonos pues, á fin de no divulgar inexactitudes: yo digo «ilustración y no «saber» musical. En cuanto á esto último, no puedo negar que en mi juventud me entregué á estudios muy serios. Y por eso mismo me reconozco con suficiente habilidad para jugar con la nota según mis deseos, y con bastante seguridad para obtener los efectos que imagino. Y si de vez en cuando alguna composición mía se sale de la regla, es porque la regla estricta no me da lo que busco, y aun porque yo no reconozco como válidas todas las reglas adoptadas como tales.

»Los tratados de contrapunto necesitan una reforma. ¡Pero cuántas palabras! ¡Y aún cuántas palabras inútiles!

»Dispénsese y acepte los amistosos saludos de su: G. Verdi.»

La moral de tres por tres

Tres pocos y tres muchos funestos al hombre:

Saber poco. Hablar mucho.

Tener poco. Gastar mucho.

Valer poco. Presumir mucho.

Tres muchos recompensados por otros tres:

Mucho estudio. Mucha ciencia.

Mucha honradez. Mucha paz.

Mucha reflexión. Mucha sabiduría.

Tres buenos médicos:

Los doctores Dieta, Alegría y Trabajo.

Tres cualidades para ser felices:

La paciencia para soportar los males.

El temor de Dios para evitar los vicios.

La calma del corazón para soportar las flaquezas del prójimo.

Para vivir en paz:

Escucha..., observa..., calla...

La risa

Mientras seas bueno, sé alegre, diviértete sin ofender á Dios, ama la conversación graciosa, que por fortuna es muy distinta de la escandalosa; procura la risa honesta, la risa franca, esa risa que no tiene por qué ocultarse ni avergonzarse, esa risa que tienes con los ojos abiertos, con la cara franca, con la cabeza alta; y no esta otra risa maliciosa que sale comprimida, rasgando los ojos con miradas furtivas, torciendo la boca con muecas de pícaros, tapando el rostro receloso con la palma de la mano y mordiendo el labio inferior con los dientes; gestos todos con que el ánimo, todavía algo decoroso, quiere dar á entender que aquella risa es inmoral é ilícita y no sale sino forzando violentamente las puertas.

Y mucho menos has de tener esa risa descarada y carnavalesca del que, perdida la vergüenza, se ríe estúpidamente de su degradación y bestialidad.

La risa del necio y del malo es gráficamente comparada con el ruido de las espigas al restregarse: *Sicut sonitus spinarum risas stultorum.*

La risa del buen cristiano debe ser como el besarse de las rosas, como el bullir de las mieses, como el rizarse los pétalos, sin daño, sin asperezas, sin convulsiones.

Ríe, pues, y te deseo lo que deseo para mí: que nunca tengas mal humor, que jamás estés triste y que aun los ratos más devotos de tu vida y los mismos actos de dolor de tus pecados vayan refrescados por el aura de la alegría, por la suave brisa del consuelo, por el céfiro de la esperanza, de modo que siempre en tus labios aparezca la risa, placentera flor que brota del árbol de la vida cuando está fresco y jugoso con la savia de la virtud y de la inocencia que brota del corazón que cree, espera y ama á Dios.

Ríe cuando niño, ríe cuando anciano, ríe cuando mueras, ríe en el ataúd y ríe en el cielo por una eternidad.

Príncipe y artesano

Hace cosa de un año que murió en París un descendiente de la actual dinastía servia, el príncipe Bojidar Karageorgewitch. Fué su vida una mezcla singular de gran personaje y de artesano. Pudo vérselo de vez en cuando en la Gran Opera, en el palco del presidente, vistiendo de frac y luciendo sobre el pecho la estrella de la orden servia de Tacowo; en los círculos de artistas solía presentarse con su americana de pana oscura, y en las casas de comida de la Rue du Temple comparecía al mediodía vistiendo la burda blusa, para tomar asiento entre los obreros.

En la Rue du Temple todo el mundo sabía que aquel extranjero alto, delgado, de manos largas, expresivas, que hablaba el francés á la perfección, tenía en el número 60 de la misma calle un taller de orfebrería; en el gran mundo, en el Elíseo, en las embajadas sólo se le conocía como príncipe de la casa real de Servia, hombre de decidida inclinación al arte y á la literatura.

Fué el príncipe Bojidar hombre de gran talento y de extraor-

dinaria cultura. Tenía una facilidad tal para los idiomas, que á los pocos meses de viajar en un país, sabía compenetrarse del espíritu del idioma; así es que hablaba casi todas las lenguas europeas con una perfección sorprendente. También se había aficionado á aprender la técnica de varias industrias artísticas. Y cuando un día la indigencia, la pobreza, llamó despiadadamente á la puerta del pequeño hotel de la avenida del Bois de Boulogne, el príncipe Bojidar, sin pensárselo mucho, vistió la blusa de obrero y se fué á buscar trabajo en los talleres de industrias artísticas de París. Su único hermano había arruinado á la familia, volviendo luego gravemente enfermo á casa de su madre, cuya vejez había llenado de amarguras. Desde entonces el príncipe Bojidar consagraba su vida al sustento de estos dos seres queridos; con su trabajo ahorró, sobre todo á la madre, la pena de tenerse que separar de la casa donde tantos años había vivido. Renunció para su persona á todo cuanto hasta entonces le había parecido necesario y se encerró en su taller de orfebrería para trabajar desde la mañana hasta las seis de la tarde, y luego, vuelto á su casa, se ponía á escribir hasta altas horas de la noche, haciendo traducciones, narraciones de viajes, artículos, etc., todo para procurarse los medios necesarios para la vida. Pero de vez en cuando, para no perder todo roce con los de su clase, ó cuando lo juzgaba necesario para representar á la casa real de Servia, volvía á presentarse en sociedad.

Si logró ver bien retribuido su trabajo, fué debido, no tan sólo á su incansable actividad, sino también á la gran facilidad con que inventaba dibujos nuevos, sumamente originales.

Entresacó sus modelos de motivos con preferencia del reino vegetal, inspirándose en la flor, las hojas, los racimos del muérdago, del eucalipto, de la anémona, etc., los que idealizados en su forma real, servían para modelos de joyas y de objetos artísticos.

Desde que su primo, Pedro Karageorgewitch, había subido al trono de Servia, la familia recobró esperanzas referentes á un nuevo bienestar. Sin embargo, fué menester seguir trabajando hasta que la situación del país permitiese al rey pedir pensiones para su familia.

Por fin llegó también aquel día, por fin podían descansar aquellas manos incansables, y la mente creadora podía trabajar en el embellecimiento del propio hogar. Aquel cuerpo sólo consistía ya en piel y huesos; el alma fuerte, entera del príncipe, le había dominado y sostenido durante los largos años de la dura lucha por la vida, y cuando por fin había llegado la hora del descanso, una traidora enfermedad acabó en pocos días con el pequeño resto de fuerza vital que le había quedado. Hoy descansa en el cementerio del Padre Lachaise el que supo ser trabajador incansable al par que perfecto caballero.

Un álbum interesante

Según un periódico inglés, la reina de Grecia posee un álbum, que suele presentar á todas las testas coronadas que visitan á Grecia ó con las cuales ella se encuentra en sus viajes, rogándoles que contesten á las preguntas que les expone.

Al rey, su esposo, le tocó contestar á la pregunta: «¿Cuál es la idea de usted respecto á la felicidad?» No sabemos si el rey habrá reflexionado poco ó mucho para dar la siguiente contestación.

«Disponer siempre de una doble corona (moneda) sin llevar una corona.

Menos ambigüa resulta la contestación del rey de Suecia á la pregunta: «¿Qué idea tenía de la desgracia?» Una desgracia — escribe — es llevar un calzado demasiado estrecho, con un grano de trigo dentro.

Al rey Eduardo le tocó contestar á la pregunta: «¿Qué clase de personas le parecían más desagradables?» y sin encubrir sus antipatías escribió: «El ser más antipático del mundo es, según mi parecer, la persona que en todo trance ha de señalarle á uno con el paraguas, gritando: ¡Aquí está!

EL HIJO POLÍTICO

NOVELA FRANCESA DE M. C. A. F.

(Continuación)

V

Había hecho gala Gustavo Laboissiere de aquella exactitud que es, según dicen, la política de los reyes y que los amantes observan siempre escrupulosamente en la primera cita: á las doce menos cinco minutos abrió la puerta de la huerta: á las doce en punto estaba al pie del balcón de Adolfin. Después de zafarse amistosamente del Turco cuya conducta fué en aquella ocasión un modelo de discreción y prudencia, el audaz aventurero adivinó más bien que vió el balcón por donde pensaba introducirse en la casa. Trepó por la reja, examinó cautelosamente la persiana que cedió á su empuje sin esfuerzo, abrió en seguida la vidriera con no menos precaución, y franco el paso, dió un salto Laboissiere y recorrió las cortinas.

— ¡Adolfin! ya estoy cerca de vos!, dijo amorosamente al divisar una forma confusa sentada en un rincón de la estancia.

No obtuvo respuesta; pero como, atendidas las circunstancias, no importaba gran cosa el silencio, se adelantó hacia la persona que suponía ser madama Chaudieu, y al mismo tiempo se precipitó la escondida hacia la lámpara y, dando vuelta al botón, hizo brotar un torrente de luz. En seguida, por medio de un movimiento de grande efecto para un teatro de melodrama, se cuadró delante de Laboissiere y le presentó un rostro bien conocido que le obligó á pararse á respetuosa distancia.

— No es Adolfin, dijo Mma. Bailleul, después de un instante. ¡Soy yo, hombre sin vergüenza, sin honor!

Un enamorado vulgar se hubiera aturdido en tan apurado lance; pero Laboissiere era perro viejo y pasado el primer momento de asombro, recobró su aplomo y sostuvo denodadamente la colérica mirada de la madre de Adolfin.

— Felices noches, señora, dijo con insolente descoco; por el brillo de vuestros ojos deduzco que se os ha pasado la jaqueca.

— ¡Monstruo!, murmuró Mma. Bailleul.

Quitóse el joven el sombrero y se inclinó profundamente.

— ¡Ingrato!, ¡pérfido!, ¡miserable!, continuó con progresivo furor.

A cada epíteto de esta letanía, Laboissiere, en lugar de contestar, repetía sus saludos.

— ¡Pelagatos!, ¡perdido!, exclamó Mma. Bailleul exasperada.

— Me permitiréis recordaros que os extravió la pasión, dijo el seductor sonriéndose irónicamente; un pelagatos, un perdido no tiene carruaje, y el mío está siempre á vuestra disposición.

— Gracias á los tontos que tragan el anzuelo á cuyo número pertenezco por mi desgracia.

— Estáis en un error, señora; tenéis demasiado talento para ser engañada y yo no tengo el suficiente para ser...

— ¿Un bribón?, ¡oh!, os basta y aun os sobra paciencia para eso; pero carecéis de lo principal.

— ¿De qué?

— De prudencia. ¿No se os ha ocurrido alguna vez el peligro que corráis, si me obligabais á ser vuestra enemiga, vuestra enemiga mortal é implacable?

— ¿Me haréis el obsequio de tomar asiento?, dijo Laboissiere con la urbanidad más cargante: preveo que nuestra conversación será larga é interesante, y no me agrada, á fe mía, hablar de pie.

Sin aguardar la autorización que aparentaba solicitar, se repantigó en un sitio cruzando las piernas con tanta familiaridad, como si estuviera solo y en su casa. En vez de imitar su ejemplo, Mma. Bailleul se irguió dramáticamente como para protestar con la majestad de su continente contra tan grosera falta de cortesanía.

— Ahora, señora mía, prosiguió Laboissiere, dispuesto me tenéis á departir con vos hasta la consumación de los siglos. Excesivamente trágicas deben ser las sensaciones que os agitan, si es fiel espejo el juego de vuestra fisonomía; mas si os tomaseis el trabajo de explicarme la causa, quizá podría yo apaciguar vuestra ira.

— ¡Estáis aquí dentro y me preguntáis la causa de mi indignación!

— ¡Ah!, ya caigo, respondió Gustavo, mi presencia en esta habitación es un crimen irremisible: empero os parecería excusable si estuviese en otra no muy distante de aquí.

Al escuchar aquella brutal y cruel increpación, se cubrió Mma. Bailleul el rostro con ambas manos.

— Merezco ese ultraje, dijo abatida, pero un hombre de honor jamás le hubiera proferido.

— El honor así atañe á las mujeres como á los hombres, replicó Laboissiere con dureza: no echéis en olvido que todas esas palabrotas son armas de dos filos y que hay peligro de cortarse manejándolas sin precaución. Pero, abreviando pormenores enfadosos, ¿qué significa esta escena?, ¿á qué habéis venido y qué esperáis?

Mma. Bailleul, tan imperiosa con su marido, con su hija y con su yerno, perdía insensiblemente su energía en presencia de aquel hombre á quien su flaqueza diera derechos de que usaba sin piedad.

— Amáis á Adolfiná, murmuró con voz apenas distinta.

— ¿Y cuya es la culpa?, replicó lacónicamente.

— ¿Lo confesáis?

— Sí, lo juro. Desearía engañaros: pero á estas horas, en este paraje y cogido en el lazo que me habéis tendido, ¿cómo diablos urdir una mentira que tenga sentido común? Confieso, pues, mi falta ingenuamente, pero sin aceptar toda la responsabilidad, porque es justo que una parte recaiga en vos.

— ¿En mí?

— Sí, en vos. Me acusáis y habréis de permitir que me justifique. En los tres años que ha que arrastro vuestras cadenas, ¿quién me ha aconsejado que fingiese amores con vuestra hija para esquivar las sospechas? ¿No fuisteis vos, señora? El consejo era excelente, y yo le seguí al pie de la letra. ¿Cuál ha sido el resultado? una cosa muy sencilla, muy natural, que á fuerza de representar el papel por vos, me he aficionado, y por graduaciones insensibles me he arrastrado esta afición donde me estáis viendo.

— ¿Con qué os atrevéis á decirme que la amáis?, exclamó Mma. Bailleul dando tormento entre los dedos á un cuchillito de cortar papel que había cogido de la mesa.

— Por suerte mía, no es un puñal, dijo Laboissiere con sardónica mirada.

Poseída de furor, asió con ambas manos el instrumento de nácar, le rompió y tiró los pedazos á los pies del amante perjuró.

— El puñal es una débil venganza, dijo; mata muy aprisa.

— Hay venenos lentos, repuso Gustavo con ironía.

— ¡Oh! Una mujer no necesita que la enseñen á vengarse. Nada de puñales, nada de venenos; la ruina, el oprobio, la miseria; ¿os reís?

— Me río por urbanidad, por hacer los honores á vuestros chistes.

— ¿Mis chistes?

— ¿Qué otro nombre merecen esas amenazas? ¿habré de tomarlas á lo vivo?

— Pues son formales, dijo la mujer ultrajada.

— En ese caso tened la bondad de formularlas más claro; por complaceros, echaré á temblar como un tercianario; pero bueno es saber antes el por qué.

Mma. Bailleul clavó en su antiguo amante una mirada animada de todo el odio que suele substituir á las pasiones culpables, y que es su más implacable castigo.

— Porque he sido débil, me creisteis ciega, dijo lentamente; porque veinte veces os dí pruebas de cariño, me supusisteis desprovista de inteligencia. Avezado al engaño, visteis en vuestra bienhechora una víctima más que explotar. No comprendíais que una mujer puede amar á un hombre sin estimarle por eso, y sin embargo, así es la verdad. Sabed que desde el día en que os introdujisteis en mi casa no me deslumbró un solo instante vuestra situación, ¡Vuestras especulaciones comerciales, los respetables nombres que poníais por delante, el crédito de que os jactabais; todo mentira, todo astucias, todo embrollo! No sois nada; no tenéis nada; me engaño, tenéis vuestra industria y á la verdad que es una de las que suelen ocupar á la justicia.

— ¡Señora!, exclamó Laboissiere levantándose enfurecido.

— Moderaos; no he acabado aún, prosiguió madama Bailleul que recobrara su imperiosa energía con el desahogo de la ira que la ahogaba: os conocía y he cometido la indignidad de amaros. Espero que se me perdone esta falta porque en sí misma lleva el castigo; adivinando quién eráis, os he servido con una abnegación sin límites y, con ayuda de infatigables esfuerzos, os he deparado apoyo, he dado crédito á vuestras mentiras. Por vos he comprometido nuestra fortuna, por vos he tocado al dote de mi hija, y hoy estaba dispuesta á renovar tan abominable acción; ¡abominable, sí, porque sabía que tiraba el dinero! ¡Oh! ¡Dios es justo porque he sido muy culpable!

Cubrióse de nuevo Mma. Bailleul el rostro con las manos y quedó muda y abismada en su dolor.

Olvídanse á veces las ofensas recibidas; pero rara vez se perdona á aquellos á quienes se ha ultrajado. Víctima de una traición, quizá hubiera ablandado Laboissiere en favor de la culpable el duro egoísmo de su carácter; mas en presencia de la mujer cuyo reposo destruyera, cuya existencia había marchitado,

sintió con más viveza los impulsos de una ferocidad brutal.

— ¡Lloráis!, dijo con frialdad. Mal hacéis á fe mía porque se aja la tez.

— ¡Ah, sí! ¡Habré olvidado el coloretel!, exclamó Mma. Bailleul temblando de ira.

Apretóse el pañuelo contra los ojos, y enseñó á su cruel amante una cara que por el exceso de la indignación recobrara una calma más terrible que las convulsiones de la cólera.

— Lo que quería deciros, prosiguió, ó lo que os importa saber y que quizá hará mella en vuestra soberbia, es que desde ahora consagraré á perjudicaros con más ardor del que he desplegado para servirlos. Por el corazón sois invulnerable: no dirigiré mis tiros á esa parte.

— ¿Amenazáis mi fortuna?, preguntó Laboissiere con indiferencia.

— ¡Vuestra fortuna! Para que esa falaz armazón se derrumbe me basta retirar la mano.

— No haréis tal cosa.

— Está ya hecha.

— ¿De veras?

— Os prometí diez mil francos para mañana.

— Cuento con ellos.

— Pues hacéis mal, y os aconsejo que los busquéis por otra parte.

Laboissiere se arrellanó en el sitial y se puso más erguido.

— Celebro, dijo, que al fin abordemos la cuestión. Hasta ahora como vuestra elocuencia estaba alimentada con reconvenciones, suspiros, sollozos, imprecaciones, anatemas y otras figuras de retórica, he debido limitarme al pasivo papel de oyente; porque desde luego me declaro inútil para luchar con vos á lágrimas y ataques de nervios. Pero abierta ya la verdadera discusión, me permitiréis que meta mi cuchara; escuchadme, pues, y seguid el hilo de mis raciocinios.

Hizo una pausa y prosiguió con doctoral acento.

— Aquí estoy bajo dos distintos aspectos de hombre galante y de agente de negocios. Desde el primer punto de vista (reconozco mi pecado), he incurrido para con vos en faltas imperdonables. Tratadme de pérfido, de ingrato, de seductor, de embustero; en todo teneis razón. Más aún; dadme de puñaladas y tendré mi justo merecido; me parece que es imposible ser más franco. En cuanto al hombre de negocios, la cosa varía. En este concepto recuso vuestra jurisdicción y para nada influís en mi bufete. En una palabra, establezco la más rigurosa distinción entre el especulador y el amante, y sostengo que no debe el primero espiar los delitos del segundo. El argumento no es débil y resulta la consecuencia de que habiendo de ir mañana M. Chaudieu á tomar acciones en su nombre y en el de vuestro esposo, espero tengáis la bondad de no oponeros á este sencillo negocio.

— No irá Chaudieu, interrumpió enérgicamente Mma. Bailleul.

— Vendrá, replicó con confianza el especulador.

— Se lo prohibiré.

— Y yo os prohibo que le digáis una sola palabra sobre el particular.

Para pronunciar estas insolentes palabras se levantó Laboissiere. Cruzados los brazos sobre el pecho, echada atrás la cabeza, fulminaba sus miradas sobre la mujer que, olvidando sus deberes, se atrevía á hacer resistencia.

— Ya me oís, continuó despóticamente; os prohibo hablar de mis negocios con vuestro yerno, con vuestro esposo, con cualquiera, y ¡ay de vos si me desobedecéis! Hablabais de mi imprudencia; y ¿qué diremos de la vuestra? Obrad enhorabuena á vuestro antojo, pero vuestro honor que está en mis manos lo pagará.

— Os atreveríais...

— Tengo la dicha de poseer algunos autógrafos vuestros; hasta cuarenta y tres cartas justas y cabales.

— ¡Y me jurasteis por vuestro honor quemarlas, perjuró!, exclamó Mma. Bailleul pálida como la muerte.

Laboissiere soltó una irónica carcajada.

— ¡Por mi honor! ¿No acabáis de decir que no lo tengo? No, señora, no he cometido la torpeza de aniquilar vuestra correspondencia, y los sucesos prueban que hice bien. Vuestras cartas merecen mejor

suerte, y si algún día alcanzan el honor de la publicación, les presagio brillante éxito literario.

— ¡Ah! No os conocía bien, dijo la madre de Adolfiná, abatida, exánime.

Laboissiere guardó silencio, y viendo que ella persistía en su muda y dolorosa actitud, se acercó al espejo, atusó sus cabellos, se afiló los bigotes y echó una mirada al reloj.

— ¡La una ya!, dijo. ¡Qué deprisa pasa el tiempo á vuestro lado! Ea, juicio; hoy tengo mucho que trabajar y vos con vuestra jaqueca necesitaréis reposo. Adiós, pues, y pelillos á la mar. Acordaos de mi ultimátum; sois dueña de la paz ó de la guerra. M. Chaudieu ha quedado en verse conmigo. Si no va, ó averiguo que le habéis dicho algo, salen á relucir las famosas cartitas. Buenas noches.

Saludó Laboissiere con cómica gravedad á la desgraciada y se arrimó al balcón. Al desaparecer detrás de la cortina, volvió la cabeza.

— A propósito, recuerdo que pasado mañana estoy convidado á comer con vos: no faltaré y espero que la tormentilla de hoy no obstará para que me recibáis con la acostumbrada benevolencia.

Mma. Bailleul no contestó porque estaba moribunda; la dominante y provocadora mirada de Laboissiere la anonadara, y un instante después el ruido casi imperceptible de persiana y balcón anunció que se alejaba sin novedad.

(Continuará.)

COMPRAD LAS Sederias Suizas

Pidanse las muestras de nuestras Sederías, novedades de primavera y de verano para vestidos y blusas.

Diagonal, Crespón, Surah, Moiré, Crepe de Chine, Foulards, Muselina, 120 centims. de ancho, desde pesetas 1,45 el metro, en negro, blanco y color, así como **las blusas y vestidos bordados** en batista, lana, hilo y seda.

Vendemos nuestras sedas, de solidez garantizada, **directamente á los particulares y franco de portes y aduanas á domicilio.**

Schweizer & C.ª LUCERNA L 9 (Suiza)

Exportación de Sederías Proveedores de la Real Casa

RECETA ÚTIL

Medios usuales para destruir las moscas

Se preserva en general de las picaduras de las moscas á todo ganado, lavándole con un cocimiento de acibar las partes donde de ordinario se paran éstas.

Es una substancia muy amarga, barata y que se encuentra en todas las boticas.

En un azumbre de agua se pondrán de dos á tres gramos de acibar, pero cuidando de no mojar con el cocimiento los labios y la nariz del ganado.

También se preserva á las caballerías de la importunidad de las moscas frotándolas por la mañana con hojas de nogal, mas tranzo, masrubio negro ú ortiga muerta, ó bien haciendo un cocimiento de colofonita, hiel é incienso en vinagre, y untando con él los sitios en que más incomodan á los animales.

El olor del aceite de laurel es para las moscas muy antiséptico; así es que dando con un pincel este aceite en los marcos dorados, etc., se les preservará de ellas durante todo el verano.

La destrucción de las moscas por medio de arsénico, polvos de cobalto ú otras substancias venenosas es cosa sumamente expuesta, porque no todas las moscas envenenadas mueren en el acto, sino que van á posarse sobre cualquier alimento, donde mueren, dejando en él, aunque sea en insignificante cantidad, el tósigo que causa su muerte.

Un plato con agua de jabón atrae y ahoga una multitud de moscas.

Es un gran recurso contra los ataques nocturnos de los mosquitos el dejar en la habitación desde que anochece un farolillo encendido, cuyos cristales se embadurnan por fuera con miel blanca desleída en agua clara, ó mejor, en vino blanco, en la que quedan presos los insectos atraídos por el olor de la miel. Inútil es decir que es menester estén cerradas las puertas y ventanas desde el momento en que se enciende el farolillo.

En Suiza se usa mucho la siguiente receta: Cuasia amarga, 8 gramos; agua, 500; melaza ó azúcar, 120. Se hace hervir por espacio de diez minutos la Cuasia en el agua, se mezcla y se añade la melaza. Se empapan bien en este líquido cuartillas de papel secante ó de estraza, se hacen secar y se guardan para cuando convenga. Llegado el caso, se pone una cuartilla en un plato con un poco de agua clara; las moscas acuden con avidez á este cebo, y perecen casi instantáneamente.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont, núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona



QUINA-LAROCHE

TÓNICO, RECONSTITUYENTE y FEBRÍFUGO

Recomendado por todos los Médicos.

La **QUINA-LAROCHE** es de sabor muy agradable y contiene todos los principios de las tres mejores especies de quinas. Es superior con mucho á todos los demás vinos de quina y está reconocida por las celebridades médicas del mundo entero como el Tónico y el Reconstituyente por excelencia en los casos de:

**DEBILIDAD, AGOTAMIENTO
FALTA DE APETITO, DISPEPSIA
CONVALENCIAS, CALENTURAS**

DE VENTA EN TODA BUENA FARMACIA

Exíjase la VERDADERA **QUINA-LAROCHE**

1079



AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL ³⁵ ¹⁰⁵ ^{RES}

JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ra} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intes-
tinos, Convalecencias, Continuación de Partos,
Movimientos febriles é Influenza.

Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea é ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES, BARCELONA



VINO y JARABE

DE

DUSART

al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, asi como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

APIOLINA CHAPOTEAUT



Regulariza el *flujo mensual*,
corta los *retrasos* y
supresiones asi como
los *dolores* y *cólicos*
que suelen coincidir con las
épocas.

PARIS, 8, Rue Vivienne
y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS



ANEMIA

DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
Todos los Medicos proclaman que

el VINO y el JARABE **DESCHENS** (PARIS)

á la Hemoglobina

CURAN SIEMPRE

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacoutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

Curadas por el El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSE**. 4, rue J.-J. Rousseau, Paris.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



NÚMERO 689

23 DE MAYO DE 1910

AÑO XXVIII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 á 3.—Trajes de verano



4.—Traje de calle

SUMARIO

TEXTO. — Explicación de los suplementos. — Descripción de los grabados. — Variedades. — El hijo político, novela francesa de M. C. A. F. (continuación). — Receta culinaria.

GRABADOS. — I á 3. Trajes de verano. — 4 y 5. Trajes de calle. — 6. Cuello de ganchito de Irlanda. — 7 y 8. Vestido y abrigo de criatura. — 9 y 10. Blusas. — 11. Entredós de ganchito de Irlanda. — 12 á 15. Desabillés y matinées. — 16 á 20. Trajes para niñas y señoritas.

HOJA DE PATRONES NÚM. 689. — Tres prendas de última novedad.

HOJA DE DIBUJOS NÚM. 689. — Diversos y variados dibujos. FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de paseo.

EXPLICACIÓN DE LOS SUPLEMENTOS

1. HOJA DE PATRONES NÚM. 689. — Dos blusas y un traje de niña. — Véanse los grabados y las explicaciones en la misma hoja.

2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 689. — Diversos y variados dibujos. — Véanse las explicaciones en la misma hoja.

3. FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de paseo.

Primer traje, de seda flexible azul celeste, con la parte inferior de la falda orlada de muselina de seda de color mordorée; de esta misma muselina es el cinturón drapeado; un encaje de oro viejo adorna el borde de la falda y forma chaleco cruzado. El cuerpo, que con las manguitas cortas forma una sola pieza, está cubierto de muselina. Las mangas interiores y semilargas son de encaje de oro viejo. Sombrero de paja tagala, adornado de una cinta tornasolada verde y de color mordorée y de una corona de rosas con su follaje.

Segundo traje, de batista, organdí, fulard ó tussor estampado con dibujos negros. La falda está adornada de volantitos de tela lisa. Estos mismos volantes guarnecen el cuerpo, el escote y las manguitas cortas. La camiseta figurada y las mangas in-

teriores son de encaje de malla de color crudo. Sombrero de paja del Japón, levantado por detrás y con un ramo de lirios rosados.

DESCRIPCION DE LOS GRABADOS

I á 3. TRAJES DE VERANO.

I. *Traje* de fulard de color crema con lunares color de rosa antiguo y crespón de este último color liso. La falda, de fulard, está fruncida y ajustada con un borde de falda de crespón que se prolonga en quilla estrecha sobre el delantero. El cuerpo ablusado está montado á un canesú de crespón adornado de trencilla. Las mangas semilargas están orladas de crespón. Gola de linón plegada. Cinturón de seda flexible. Sombrero de paja gruesa negra, orlado de cinta color de rosa antiguo obscuro y un penacho de plumas de gallo.

II. *Vestido* de hilo de Jouy con finos dibujos. La falda fruncida está ajustada por abajo con dos torcidos de tela; este mismo adorno rodea el escote y las mangas. El canesú y el borde de las mangas son de guipur. El cinturón es de seda flexible. Sombrero de paja del Japón, adornado de grandes amapolas y de espigas.

III. *Traje de estilo de sastre*, de paño de color violado. La falda, recta y ajustada, está fruncida por detrás bajo una tira de paño bordada de trencilla. La chaqueta corta, cruzada, está abrochada con cuatro botones de terciopelo. El cuello de chal, las bocamangas y los lados de las haldetas son de paño bordado de trencilla. El cuello es de tul bordado y el peto fruncido de tul liso. Sombrero Napoleon, de paja negra, con un penacho prendido en un grueso cabujón de azabache.

4. *TRAJE DE CALLE*, de fulard á cuadritos. La falda-túnica es de fulard, orlada de un borde de fulard liso sobre una falda interior de fulard cachemira. El cuerpo va cruzado por detrás y drapeado bajo un cinturón que forma coselete por delante, prendido con botones. Los delanteros de este cuerpo y las manguitas cortas forman una sola pieza. El delantero del cuerpo y las mangas interiores son de fulard cachemira, orladas de fulard liso. El cuello y el peto son de linó plegado. Sombrero de esterilla arrasado, adornado de cinta y de rosas con su follaje.

5. *TRAJE DE LINÓN* de color crudo con lunares bordados. La blusa, fruncida en la cintura, cae á modo de túnica, orlada de un bordado sobre tul, orlado á su vez de cordones, sobre una falda interior de fulard con lunares. La túnica está montada á un canesú torera de fulard con lunares que forma una sola pieza con las mangas semilargas. La torera y las mangas están orladas de un bordado sobre tul. La gola de Pierrot es de linón. Turbante de seda cachemira, adornado de un penacho negro.

6. *CUELLO DE GANCHITO DE IRLANDA*. Este cuello se compone de estrellitas y flores hechas con hilo de Irlanda. Para hacer la flor se empieza por el círculo del centro: tómense tres cabos de hilo y con ellos se forma un redondel sobre el que se hacen 15 bridas ajustadas. Sobre una mecha formada con tres cabos de hilo se hacen 15 bridas ajustadas, se prende el ganchito en la estrella, 9 bridas ajustadas, préndese el ganchito en la estrella, 20 bridas ajustadas sobre la mecha; vuélvase sobre las 20 bridas, 5 puntos de cadeneta, 1 brida, 2 puntos de cadeneta, 1 brida, repítase tres veces; vuélvase sobre los puntos de cadeneta, 1 brida, repítase cuatro veces; vuélvase, 20 bridas ajustadas, préndese el ganchito en el redondel y así se va siguiendo hasta terminar toda la flor. Las estrellitas se componen de bridas ajustadas, unidas á los dibujos con puntos de cadeneta con piquillos para terminar el borde del cuello.

7. *VESTIDO DE CRIATURA*, de muselina ó fulard con lunares, de hechura de blusa, formando una sola pieza con las mangas cortas. El escote y el borde de las manguitas cortas están adornados de una tira de tela lisa del color de los lunares orlada de trencilla. El cinturón es de esta misma tela.

8. *ABRIGO DE NIÑA*, de paño blanco cruzado y adornado de dibujo de trencilla, que también figuran en las bocamangas. Los hombros forman dos pliegues pespunteados que se prolongan sobre las mangas.

9. *BLUSA* de fulard con lunares, con una orla de bordado japonés alrededor del escote y en las mangas. El canesú y las mangas interiores son de linón. El cinturón es de seda flexible.

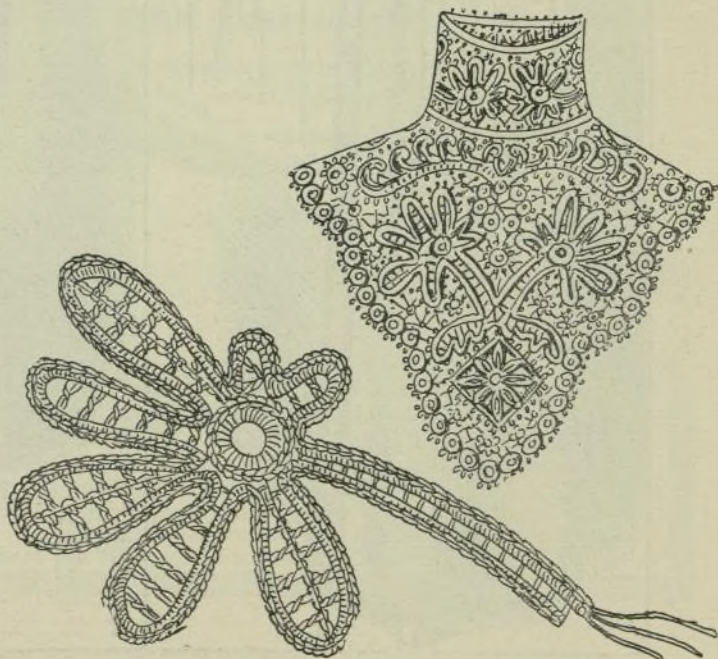
10. *BLUSA* de seda flexible ó cañamazo formando una sola pieza con las manguitas cortas, orladas de guipur así como el escote; un entredós de guipur figura el canesú, unido delante con una corbata de raso negro con las caídas terminadas en borlas de azabache. Las mangas interiores son de linón plegado. El cinturón es de seda flexible.

11. *ENTREDÓS DE GANCHITO DE IRLANDA*. Este entredós, que se compone de estrellitas y de hojas con calados hechos con la aguja, se hace con hilo de Irlanda del núm. 120 ó hilo de hacer encaje del núm. 150. Se monta sobre una cadeneta de 20 puntos que se cierra formando un redondel, 20 bridas apretadas, 30 puntos de cadeneta, prendiendo el ganchito al volver sobre la primera brida apretada, 1 vuelta de bridas apretadas; sobre los 30 puntos de cadeneta, 30 bridas apretadas; sobre el redondel 30 puntos de cadeneta,



5.—Traje de calle

préndese el ganchito al volver sobre la trigésima brida del redondel; 30 puntos de cadeneta, préndese el ganchito en el lado de las primeras bridas; vuélvese sobre los 30 puntos de cadeneta haciendo una vuelta de bridas apretadas y así se continúa hasta terminar la flor. El interior se llena de calados hechos con la aguja á punto ruso y punto lanzado. Para hacer las hojas, se monta una cadeneta de 15 puntos, 1 brida, 1



6.—Cuello de ganchito de Irlanda

punto de cadeneta, 1 brida, repítase dos veces, 1 punto de cadeneta, 1 brida ajustada, vuélvese sobre la hoja; 5 puntos de cadeneta, 1 brida, 2 puntos de cadeneta, 1 brida, repítase cinco veces. Para hacer la punta de la hoja, 5 puntos de cadeneta, 1 brida, 2 puntos de cadeneta, 1 brida, repítase seis veces, haciendo lo mismo para cada hoja. Los entredós que se hacen entre las hojas y las flores se componen de puntos de cadeneta y de bridas, con calados á punto lanzado en el centro.

12 á 15. DESABILLÉS Y MATINÉES.

I. *Desabillé de lencería*, de linó ó nansuck plegado á pliegues de lencería, adornado de tiras de encaje de Venecia por debajo de las cuales pasa una faja de seda liberty atada á un lado. El delantero, los jockeys y los puños de las mangas son de encaje de Venecia.

II. *Matinée de bordado inglés*, con el cuello canesú y las mangas rectas todo bordado. Un lazo de raso adorna el delantero.

III. *Matinée de bordado al realce*, adornado de un fichú con un volante también bordado, unido delante con una escarapela de raso. Un entredós de encaje y un volante de bordado rodean el matinee. Las mangas cortas terminan en volantes de bordado.

IV. *Desabillé elegante*, compuesto de un redingote drapeado y cruzado de seda brochada, abrochado á un lado bajo una escarapela de raso con largas caídas terminadas en borlas de seda, sobre una falda de velo Ninón fruncida y terminada en una tira de cachemira. La camiseta de lencería está bordada. Las mangas rectas son de brochado y las mangas interiores de bordado.

16 á 20. TRAJES PARA NIÑAS Y SEÑORITAS.

I. *Traje de estilo de sastre*, de seda de color crudo algo obscuro, guarnecido de seda encarnada con listas negras. La fal-



7 y 8.—Vestido y abrigo de criatura

una sola pieza. El adorno de estas manguitas y las solapas son de seda rayada. El cuello y las mangas interiores son de lencería. La camiseta con su cuello recto son de linón. Sombrero de paja japonesa negra, forrado de paja de color crudo y adornado de cintas encarnadas cruzadas y de dos ramos de rosas.

II. *Traje de niña*, de linón bordado, de hechura de blusa y falda fruncidas con el canesú y el borde de la falda de raso color de azulejo claro; el canesú forma una sola pieza con las manguitas cortas que están adornadas de botones y de cordones. El cinturón, plegado y atado á un lado, es de raso color de azulejo. Las mangas interiores son de linón. Sombrero bretón, de paja de Italia, cubierto de flores silvestres.

III. *Traje de niña*, de seda flexible blanca con cuadritos finos negros. Este vestido está cortado de hechura de estola por delante y por detrás, formando una sola pieza con las mangas cortas; los lados son lisos con falda plegada, bajo un cinturón-faja de raso verde Imperio atado detrás. La valonita y los abolsados de las mangas son de linón orlados de raso verde. Sombrero de paja verde Imperio, con la copa de tul plegado y una corona de rosas pompón.

IV. *Traje de señorita*, de hilo azul obscuro é hilo encarnado, guarnecido de botones de plata. El cuerpo ablusado se abre sobre unos acuchillados encarnados y forma escote cuadrado, orlado de hilo encarnado sobre el peto de linón plegado. Las mangas cortadas en los codos, con brazaletes de hilo encarnado, terminan en volantes de linón. La falda, con delantal estrecho, está plegada por los lados y detrás y adornada de un guipur de color crudo bordado de encarnado. El cinturón es de cuero brillante. Sombrero de esterilla de color moradoré adornado de primaveras.

V. *Traje de señorita*, de hilo azul lino, guarnecido de botones de seda del mismo color. La falda, lisa por delante, se ajusta á los lados con unos paños de la tela de la parte de detrás que se prenden hacia adelante. En los lados lleva unos cortes, figurando aberturas, adornados de botones. El cuerpo es ablusado con el cuello de hilo liso. La corbata y el cinturón son de raso negro. Las mangas llevan anchas bocamangas con volantes de linón. Sombrero de paja tagala, enteramente cubierto de grandes rosas con su follaje.



9.—Blusa de fulard

da, ligeramente fruncida por los lados, está ajustada con un borde de seda lisa que sube por los lados prendida con dos botones. La chaqueta recta está cortada por delante formando chaleco largo. Los delanteros y las manguitas cortas forman

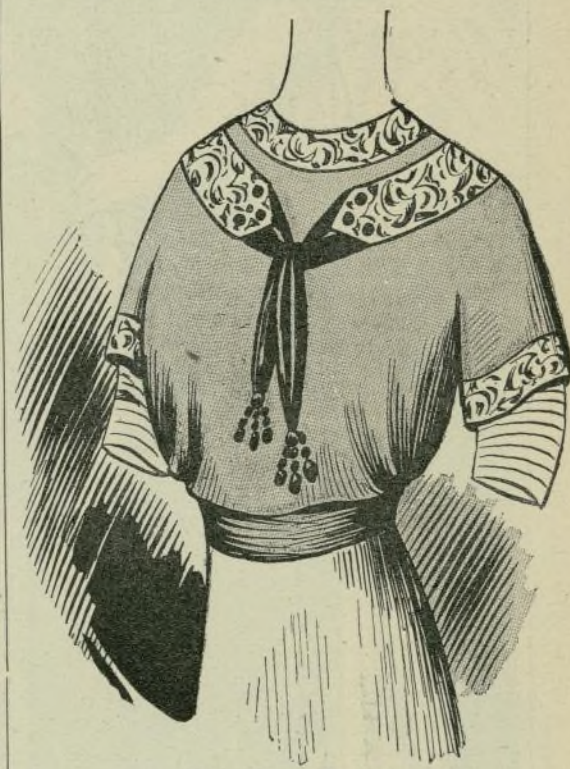
VARIEDADES

Confesión de un falsificador de cuadros

En el «Wide Worle Magazine» cuenta L. Charke su visita al taller de un falsificador de cuadros de París, el cual, dotado de un talento nada común, se vió obligado, sin embargo, á dedicarse al arte de falsificador, porque sus propias obras no le producían lo suficiente para poder vivir, aunque muy modestamente.

—Únicamente los locos — exclamó con amargura el falsificador — pueden crear lo que, según su modo de sentir, necesita la humanidad; yo la doy ahora lo que busca, pide y paga. Todo el mundo quiere tener maestros antiguos auténticos; no existen tantos — y por otro lado son pocos los que pueden pagar; — pues bien: yo les facilito lienzos excelentes por un precio acomodado; ¿qué puedo hacer más? Ya no se avergonzaba de su profesión; al contrario, satisfecho y casi orgulloso enseñó á sus visitantes algunos cuadros pintados con arte, y á los cuales, con mucha habilidad, se había impreso el sello engañador de lo antiguo.

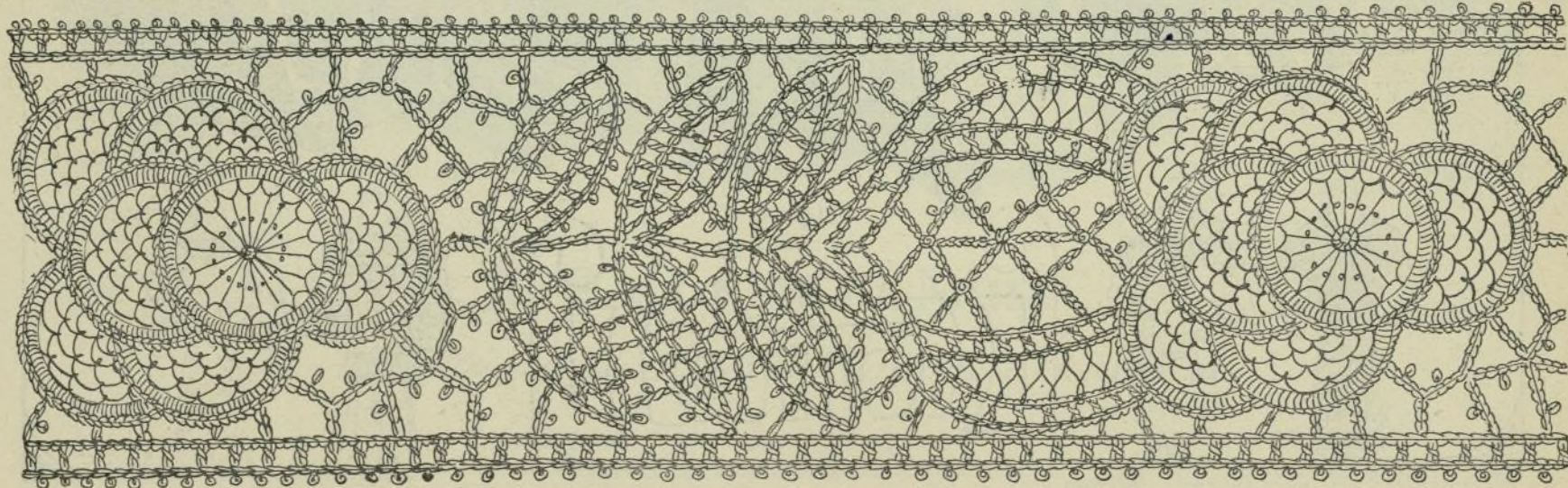
—Al entrar en el taller — cuenta el aficionado inglés, — encontré al pintor ocupado en hacer los últimos toques á un «Turner», que seguramente pronto encontrará un comprador. Me contó de sus viajes por toda Europa, del detenido estudio que hizo de los maestros antiguos, y de sus copias hechas en diversos museos. Con gran cuidado suele escoger el marco para sus falsificaciones. «Una de mis más famosas ventas la debo en gran parte al marco viejo, carcomido. Me acuerdo que fué un caballero del Devonshire quien compró el cuadro; sin duda lo enseñará á sus huéspedes como un feliz encuentro hecho en París. Me pagó esta «trouvaille» con 3.000 francos. En efecto,



10.—Blusa de seda

era preciosa; era la copia de un cuadro de Landseer y digno de ser bien retribuido.

—Aquí tiene usted mi pequeña estufa — prosiguió el artista, enseñándome una caja de hierro, calentada con gas, y con un



11.—Entredós de ganchito de Irlanda



12 á 15. — DESABILLÉS Y MATINÉES



Gaston DROUET, Éditeur

J. Bas Imp. Paris.

Reproduction Prohibida.

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona,

XXVI. — N° 689

**ESTREÑIMIENTO
SUPOSITORIOS CHAUMEL**
para Adultos, y para Niños.
Infalibles; efecto producido en media hora.
FUMOUEZ-PARIS, y en todas las Farmacias del Globo

*Solución Pautauberge, el
remedio más eficaz para curar las enfer-
medades del pecho, las toses recientes y
antiguas, las Bronquitis crónicas.*



La „CRÈME SIMON„ la gran
Marca de las Cremas de
Belleza, es sin rival para el
tocador de las Señoras.

Ayuntamiento de Madrid





16 á 20. - TRAJES PARA NIÑAS Y SEÑORITAS

gesto decidido depositó su «Turner» en el horno. — En cuanto lo «retire», dijo, su color se hallará quebradizo al igual que se ve en los lienzos antiguos. — Aquí tiene usted uno que está listo. — Y se apresuró á enseñarme un cuadro que ofrecía todas las señales de gran antigüedad, tanto, que hasta un conocedor se hubiera equivocado.

Al preguntar al pintor si ganaba bastante, contestó éste con una franca sonrisa:

— Eso según las circunstancias, pero siempre bastante para poder vivir sin pretensiones en Fontenay-sur-Bois, y mejor de todos modos que si tuviera que vender mis propias obras. Sí, puede usted contarle al mundo, revelándole á qué obliga al artista moderno. Van pagando cien veces más por un cuadro, aunque malo, de un difunto, que por la mejor obra de un vivo. Pero, ¡qué me importa! Cuando menos, pagan mi trabajo en vida, aunque no vaya acompañado de mi firma.

Aunque alguna de las observaciones del pintor eran acertadas, de todos modos no se acordaba de que con su trabajo fomentaba todavía aquella predilección del público por los «maestros antiguos», que á él mismo, pintor de valía, le había imposibilitado la carrera artística.

Los colilleros chinos

Las palabras «colilla» y «colillero», más afortunadas que sus equivalentes francesas *mégot* y *mégotier*, ocupan el correspondiente sitio en el diccionario de la Academia española. Uno y otro vocablo se refieren á una industria ya universal ó poco menos. En la China, por ejemplo, se recogen las colillas como en Europa, y al decir de la *Revue Mame*, los colilleros de Pekín son mucho más afortunados que sus cofrades de las grandes urbes europeas. En el Celeste Imperio no se fuman cigarrillos ni cigarrillos, sino la pipa tan sólo, pero una pipa nada semejante á la pipa corta de cerezo ó de espuma, llamada *brulot* por los franceses, y que tampoco tiene nada que ver con las pipillas largas y delgadas de los árabes y los turcos. Dicha pipa es de dos clases. Una de ellas, la pipa de agua, se compone de un ancho recipiente de metal para el lavado del humo y de un hornillo donde se quema el tabaco picado en tenues filamentos. La otra es una pipa más sencilla, en la que se introducen no ya filamentos, sino hojas arrolladas como gruesos cigarros. Como los chinos sean muy económicos y substituyan raramente sus utensilios de fumar, las pipas de esta clase saturan de nicotina, y las colillas que se extraen de ellas están de tal modo impregnadas, bañadas y maceradas de dicho líquido, que no hay más que picarlas en hebras para que los fumadores de la otra clase de pipas se las disputen como suculento regalo. Lejos de ser dicho tabaco, como es en Europa, el peor de los peores que fuma el misero indigente, en la China es un artículo de lujo buscado y pagado á peso de oro. Así, los colilleros viven en dicho país con más holgura que sus cofrades de nuestras grandes ciudades: no se limita su jornal á un par de pesetas, pues ganan hasta seis por lo común, y pueden elegir sus parroquianos entre una numerosa clientela que les colma de miramientos y atenciones.

EL HIJO POLÍTICO

NOVELA FRANCESA DE M. C. A. F.

(Continuación)

VI

En su entrevista con Laboissiere, había sufrido Mma. Bailleul la humillación que deben temer las mujeres cuya conducta no está exenta de responsabilidad. Insultada por un hombre para quien el amor no pasaba de ser una especulación, tenía que devolver este ultraje y aun darse el parabién si no era preludio de otros tormentos no menos crueles. Vefase á merced de un ente sin principios, sin generosidad, sin compasión; á la edad en que tanto vale la consideración pública, la amenazaba universal desprecio.

Luego que desapareció el hombre que se gozara en martirizarla, permaneció inmóvil en el sitio en donde la había dejado. Desplomada sobre un asiento, como un criminal recién sacado del potro, con la cabeza inclinada y los brazos colgando, repasaba en su imaginación los pormenores de la lucha donde fuera tan brutalmente vencida. A veces se le figuraba todo un sueño, pero al querer sacudirle aparecía la horrible certidumbre en toda su deformidad.

Levantóse por último, tendió por torno suyo una mirada angustiosa y, achuchando el chal sobre los hombros, salió del aposento. Halló todas las puertas abiertas lo mismo que las dejara. Benito Chaudieu se había esquivado en silencio, y Mma. Bailleul apenas tuvo fuerzas para llegar á su habitación y dejarse caer sobre una silla. Adolfin, que llevaba tres horas de mortales angustias, no hizo movimiento alguno al ver entrar á su madre: no dijo una palabra y aguardó la borrascosa explicación que era de suponer.

Frente á frente estuvieron un rato madre é hija, igualmente inmóviles, silenciosas. Por su actitud podían parecer dormidas si no se lanzaran de cuando en cuando miradas sombrías. Aunque Adolfin no sospechara jamás la flaqueza de su madre, un secreto pensamiento le decía que sería para ella un juez severo y parcial. Mma. Bailleul, por su parte, á pesar del instinto poderoso de la maternidad, no podía menos de mirar en la hermosa joven la causa primordial de sus pesares: olvidábase á veces de la hija por lo rival, y sus ojos despedían entonces una intensa mirada de odio que llenaba de turbación y temor el corazón de Adolfin.

Tan obstinado silencio de una y otra parte iba haciéndose penoso en demasía; Mma. Chaudieu se decidió por fin á romperle, más por hartura que por deferencia.

— ¿Puedo ya retirarme á mi habitación?, dijo con una sequedad que contrastaba con la sumisión aparente de estas palabras.

Una de esas ideas absurdas que sólo los celos pueden concebir surgió en la mente de Mma. Bailleul.

— ¡Si no se hubiera ido!, dijo para sí; ¡si vuelve ahora!

— Aguanto vuestras órdenes, repuso Adolfin, viendo que su madre no contestaba.

— ¿Sabes que estoy enferma?, dijo ésta por fin. ¿No quieres velar una noche al lado de tu pobre madre?

— El que está enfermo se acuesta, respondió madama Chaudieu picada.

— Y eso es lo que voy á hacer, dijo Mma. Bailleul levantándose.

Dió algunos pasos agitada por una ligera convulsión nerviosa, y al reparar Adolfin en el vacilante paso de su madre, no pudo reprimir la expresión de su inquietud.

— ¡Cómo tembláis!, dijo acercándose á sostenerla. Sentaos: despertaré á Magdalena que sabrá mejor que yo lo que debe hacerse. Tenéis calentura.

— No es nada, no incomodes á nadie, contestó con frialdad Mma. Bailleul, quien se acostó sin consentir que su hija la ayudase á desnudarse.

Volvió Adolfin á sentarse en la butaca y de esta suerte pasaron entrambas la noche sin pronunciar una sola palabra. Un muro de bronce se había levantado en pocas horas entre aquellas dos mujeres tan estrechamente unidas por la naturaleza: no eran ya madre é hija las que velaban en aquella estancia triste y muda: eran dos mujeres, dos rivales, dos enemigas.

Con los primeros fulgores del alba se disiparon los temores de Mma. Bailleul y rogó á su hija que se retirase, pues debía estar cansada.

No necesitó Mma. Chaudieu que la repitieran dos veces la orden y marchó á su habitación sin esperanza de conciliar el sueño.

A las pocas horas, cuando entró M. Bailleul en el cuarto de su esposa, se quedó estupefacto de los trastornos de la cara de ésta.

— Acabo de saber que Adolfin ha pasado la noche contigo, dijo compungido: ¿por qué no has enviado á buscarme?; yo te hubiera velado mejor.

Esta afectuosa reconvencción irritó á la enferma en vez de enternecerla, y la que desde la víspera devorara en silencio tantos ultrajes, recobró con sólo el aspecto de su esposo su natural arrebatado y violento. El manso marido llegó á tiempo de cargar con la borrasca que sólo esperaba ocasión de estallar.

— Tú has tenido la culpa de mi mal con tu terquedad, contestó bruscamente: la necia riña de ayer me ha dado calentura. ¿Estás contento?

— Pero, querida, dijo M. Bailleul humildemente, ¿no te acuerdas que me resigné á todo lo que querías? Hoy recibirá Laboissiere los diez mil francos.

— ¿A qué desprenderse tan aprisa de ese dinero?, dijo ella después de dominar la sensación que le causara el nombre del aventurero.

— Tú lo quisiste...

— Yo no he dicho tal, no he fijado tiempo. ¡Que siempre hayas de entenderme al revés!

— Aún no se ha hecho nada, exclamó él gozoso con la idea de substraer su metálico á la aventurada especulación de los barcos inexplorables; si has mudado de parecer, escribiré dos letras á Laboissiere para que no cuente con el dinero.

— ¡Eh!, no por cierto, dijo enojada Mma. Bailleul recordando las nocturnas amenazas.

— Bien sabes que no me pesaría guardar nuestros fondos; pero á Chaudieu se le ha antojado tomar cincuenta mil francos de acciones, y á este paso en menos de un año carga Laboissiere con toda nuestra fortuna. No es porque yo desconfíe, pero no es prudente arriesgar...

— ¡Chaudieu le compra acciones!, exclamó madama Bailleul incorporándose.

— Por valor de cincuenta mil francos. ¿No te lo he dicho?

— ¿Y cuándo hace el negocio?

— Hoy mismo, Chaudieu va á marchar en persona.

— Anda á buscarle; que venga al punto, prosiguió Mma. Bailleul con tanta viveza que, en lugar de obedecer, se quedó el marido con la boca abierta.

— ¡Todavía estás ahí!, repuso lanzándole una mirada que parecía un latigazo.

— Ya voy, no te enfades, respondió el esposo.

— Que venga Chaudieu solo, le gritó cuando cerraba la puerta.

En los nueve ó diez minutos que tardó en llegar el yerno, examinó Mma. Bailleul las profundidades del abismo en que había caído: vióse perdida si no salía muy pronto, y á falta de poder elegir los medios de salvación, tomó uno de esos partidos violentos que la necesidad inspira con frecuencia y que á veces justifica el éxito.

— Harto bien leo en el alma de ese miserable, dijo para sí: ¡el dinero es su Dios! Explotaba mi afecto en pro de su fortuna, y hoy que se figura poder dictarme leyes y hacerme subscribir á nuestra ruina, no se contenta con estos despojos, necesita los de mi yerno, sirviéndole Adolfin de instrumento como yo le serví: ¡pobre niña! Pero si conserva las cartas, somos perdidos: armado de ese puñal, está seguro de mi obediencia. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué mujer vacilará entre la miseria y la vergüenza! ¡Necesito esas cartas á toda costa, aunque me costasen, no ya oro, sino sangre!

Como las mujeres no se baten, tienen por cosa ligera una materia que los más valientes tratan con formalidad. Mujer hay que se caería desmayada de un pinchazo de alfiler y miraría como el non plus ultra de la ridiculez que un pecho masculino sintiese repugnancia á servir de vaina á una espada. Este heroísmo de faldas es tanto mayor cuanto menos expuesto está, y á sus ojos un desafío es un recurso infalible, un desenlace excelente, una panacea universal.

Mma. Bailleul participaba de esta opinión, más difundida de lo que se cree entre las amables personas de su sexo. Para ella, Alejandro, cortando el nudo gordiano, era el tipo con que deben conducirse los negocios difíciles, embrollados y peligrosos, y no pudiendo aplicar por este expedito sistema, imaginó obrar por segunda mano. La necesidad, más bien que la preferencia, fijó la elección en su yerno. No le inspiraba mucha confianza; pero ¿á qué otro confiar misión tan delicada? El tiempo urgía y no había un momento que perder. Determinóse, pues, á dirigirse á Chaudieu, cosa muy fácil á su parecer.

En pocos minutos formó su plan Mma. Bailleul y decidió que se batiese su yerno con Laboissiere, siendo la prenda del combate las cartas á este último; el cielo, según todas las apariencias, protegería la buena causa, y Laboissiere, herido, restituiría la correspondencia de que tan odioso uso podía hacer. Si por funesta casualidad su campeón era vencido, esta desgracia no acrecería su peligro; y además, ¿no se agarra el que se ahoga á la primera cuerda que le echan sin calcular si tiene fuerza suficiente para sostenerle?

En el trance que aventuraba, peligraba la vida del antiguo favorito de Mma. Bailleul; mas era demasiado cruenta la herida que por él recibiera para rehuir la idea de una venganza extrema. Ha dicho La Rochefoucauld que si se juzga del amor por la mayor parte de sus efectos, más se asemeja al odio que á la amistad, y esta reflexión, de que se duda en tiempos bonancibles, adquiere un grado de certidumbre asombroso después de una de esas borascas que estallan con frecuencia sobre las pasiones moribundas. Esas enemistades, esos rencores, esos desprecios y mutuos disgustos que abriga ciertas relaciones galantes, son cosa incomprensible para el

que ignora las singulares contradicciones de la naturaleza humana. La copa amorosa es de oro, no se advierte el veneno, pero éste va aumentando su dosis y rebosa muy pronto: así es que entre una mujer de cuarenta y cinco años y un hombre de treinta y dos no puede tardar en henchirse el vaso, y el de nuestro héroe lo estaba hasta los bordes.

En aquel instante, Mma. Bailleul detestando á Laboissiere casi tanto como le había amado, se cuidaba poco del peligro que corriese y aun se complacía con la idea de verle arrastrarse á sus plantas expirante como Monasdelchi á los pies de la reina Cristina de Suecia, invocando el perdón sin alcanzarle.

Réstanos considerar el sentimiento particular de Benito Chaudieu, quien no mostraría quizá grande ardor para apropiarse la querella de otro, si bien esta reflexión era altamente secundaria para madama Bailleul. Consideraba ésta al suegro como un mueble poco agradable á la vista, pero inútil domésticamente hablando para el uso cotidiano, mueble de carne y hueso, apto para una multitud de servicios caseros, como hacer platos en la mesa, llevar el chal ó la paletina, mandar arrimar el coche, dar el brazo, leer el periódico en voz alta, completar una partida de whist ó boston: esto para el uso ordinario. En circunstancias excepcionales podía aspirar á más elevado empleo: en caso de apuros pecuniarios se le permitía prestar dinero, y si se presentaba algún enemigo descortés, tenía derecho de cortarle el pescuezo arriesgando el suyo propio para mayor lustre y honor de la familia. Ciertamente que Benito Chaudieu no rehusaría desempeñar con entusiasmo uno de los deberes de su estado, y Mma. Bailleul, que estaba tranquila sobre este particular, aguardó con impaciencia la llegada de su campeón.

No tardó en presentarse Chaudieu con plácido continente y mostrando en toda su persona aquel aire de candor é insipidez que le era peculiar. Mientras se acercaba sin darse mucha prisa, le examinó Mma. Bailleul con ojos centelleantes.

—¿Tenéis que darme algún encargo para París?, preguntó Chaudieu parándose á pocos pasos de la cama.

—Quiero hablaros de asuntos más serios, respondió la suegra con gravedad; pero antes juradme por vuestro honor no revelar á nadie nuestra conferencia: á nadie, ¿lo entendéis?, ni á vuestra esposa.

—Inútil es esta recomendación: sé que á las mujeres sólo se cuenta lo que se quiere hacer público.

—¡Eso pensáis!, dijo la madre de Adolfin: sorprendida de esta respuesta que contrastaba con la mansedumbre conyugal de su yerno.

—Es un dicharacho de Bretaña, replicó Benito Chaudieu.

El moreno y huesudo semblante del joven marido reflejó una expresión de firmeza que asombró á madama Bailleul, la cual creyó ver á su yerno por primera vez y, recordando el papel que quería encargarle, auguró bien de este sistema de energía.

—Escuchad, dijo con tono solemne, y pesad bien cada una de mis palabras. Cuando vivía vuestra madre, si la hubiera injuriado alguien, ¿no la habríais defendido?; para protegerla ó vengarla, ¿no hubierais empleado toda la fuerza, todo el valor que os ha dado el cielo?

—Habría hecho mi deber.

—Por desgracia habéis perdido á vuestra madre; pero mi hija, uniéndose con vos, os ha dado otra que, sin compararse con la que lloráis, se esfuerza al menos en sustituirla todo lo posible, profesándoos el más sincero cariño.

Benito Chaudieu miró á su suegra de un modo que decía bien claro: «no sabía que tanto me quisierais,» é hizo una reverencia sin pronunciar palabra.

—¿Después de los vínculos de sangre que son antes que todo, continuó Mma. Bailleul, hay otros más sagrados de los que resultan de una alianza mutuamente feliz y ventajosa? Mi marido y yo os miramos como hijo, y estoy segura de que en caso de necesidad sabríais desempeñar los deberes de tal.

—Así creo, respondió Chaudieu modestamente.

—Y yo también, porque sois hombre de honor y bretón.

El hijo de Bretaña acogió este cumplimiento con otro saludo no menos silencioso y ambiguo.

—Si os dijese pues: Chaudieu, un hombre me ha

ultrajado mortalmente; es mi enemigo, puede perderme; mi marido es un anciano y vos solo podéis defenderme; de vos espero amparo, protección, ¿qué responderíais?, ¿qué haríais?

Miró Benito al techo, luego al suelo y cruzó las manos sobre el estómago.

—¿Qué haría? No lo sé á punto fijo, dijo con circunspección después de haber reflexionado un instante; á vos toca decirme lo que queríais que hiciese.

—¡Cómo! ¡Sois hombre y no sabéis qué responder á esa pregunta!, exclamó Mma. Bailleul cuyos nervios titilaron en presencia de la clásica pantomima del yerno: ¡os hablo de un ultraje imperdonable, de un peligro formal, de una cuestión de vida ó muerte, y me preguntáis lo que debe hacerse! ¡Oh!, ¡sin duda no me habéis comprendido!

—No del todo, contestó Chaudieu con la mayor serenidad: los bretones son valientes como habéis dicho con razón, pero la cabeza es dura casi siempre. Si os explicaseis con más claridad nos entenderíamos mejor.

—¿Si os diesen un bofetón, qué haríais?, dijo secamente la madre de Adolfin.

—Devolvería dos, respondió el bretón.

—Desafiaríais al hombre que os hubiese puesto la mano. Yo acabo de probaros que en virtud de los lazos que nos unen, corren parejas vuestro honor y el mío: estáis insultado en mi persona: ¿comprendéis ahora?

—Algo voy adivinando: ¿queréis que me bata?, bien; permitidme que os haga una ligera observación sobre el particular.

—Ya os escucho dijo Mma. Bailleul amoscada.

—Hará dos meses, repuso el flemático Chaudieu, que estábamos en la sala, vos, mi mujer y yo. Yo estaba en el sofá, dormido al parecer, y vos hablabais con mi esposa junto al piano. Decíais á Adolfin: crees que tu marido tiene poco talento y no es amable, cierto; pero en cambio no tiene energía, ni carácter, ni voluntad propia y esto es lo esencial: le amoldarás como un pedazo de cera, y vale más cien veces un necio á quien se dirige, que un gallardo parlanchín que te domine.

—Yo no he dicho semejante cosa, interrumpió la suegra de Benito más encarnada que la grana.

—Perdonad, lo he dicho yo y basta. Resulta, pues, de vuestras propias palabras que soy un hombre sin energía ni carácter, y como tal, bien puedo asombrarme de que me propongáis hoy un papel que exige imperiosamente esas cualidades.

Mma. Bailleul se mordió los labios maldiciendo interiormente su imprudencia.

—Eludir la cuestión no es contestar, dijo al cabo de un momento.

—¿Queréis una respuesta?, hela aquí, replicó Chaudieu sin alterarse. En cinco meses que llevo de casado, me he conformado con mi situación; y aunque hubiera deseado ser libre en mi casa, mi mujer, fiel á vuestras instrucciones, ha cargado con el mando, siendo vos en último resultado la verdadera ama. Apenas me es lícito convidar á comer á un amigo: los criados os miran cuando pido alguna cosa: en fin, soy un cero. No me he quejado hasta aquí; mas como el que está á las duras debe estar á las maduras, ya que me exponga á los percances de mi estado, creo justo percibir los beneficios. Si fuera amo de casa, si tuviese la autoridad de jefe de la familia y vinierais á decirme: amigo mío, esto me sucede, «es cosa de hombres,» yo contestaría: «eso es de mi incumbencia» y obraría en consecuencia; pero su puesto que la rueca manda, combata la rueca y buen provecho.

—¡Oh! ¡Bien os juzgué!, dijo Mma. Bailleul con desdeñosa ironía: sois el hombre débil y vulgar por excelencia.

—El tomo segundo de M. Bailleul, ¿no es verdad?

—Idos, caballero, replicó echando chispas por los ojos: no permitiré que en mi presencia insultéis á vuestro suegro.

Chaudieu saludó por tercera vez.

—¿Tenéis algo más que decirme?, preguntó en seguida con tan imperturbable serenidad que acreció la exaltación de su interlocutora.

—¡Necio y cobarde!, dijo entre dientes, pero de modo que le oyese.

—Algo peor es ser vieja y coqueta, repuso el joven encaminándose á la puerta.

Mma. Bailleul hizo un esfuerzo violento como para tirarse de la cama y correr tras el insolente; pero cayó sobre la almohada murmurando palabras entrecortadas. Mientras en su elocuente soliloquio vituperaba con todo el fuego de su indignación la cobardía de los hombres en general y la ingratitud de los yernos en particular, Chaudieu se dirigió al comedor, donde comenzara á desayunarse de solana, cuando entró á buscarle su suegro. Sentóse de nuevo á la mesa, se puso una abundante lonja de jamón, llenó el vaso y continuó su almuerzo con envidiable apetito. En aquel momento abrió M. Bailleul y se acercó con ademán misterioso.

—¿Qué hay de nuevo?, preguntó éste. ¿Qué os quería mi mujer?

—Me ha hablado de esas acciones de Laboissiere, respondió Chaudieu, desocupando un vasito de ron.

—Ya me lo presumía. ¿Ha mudado de parecer?

—No por cierto: así que almuerce, marchó á París. A propósito, ¿tenéis á mano las diez acciones que tomasteis meses pasados?

—Precisamente las traigo en el bolsillo, dijo monsieur Bailleul sacando del bolsillo una cartera.

—Encima de la mesa hay escritorio, repuso Chaudieu; tened la bondad de endosar las acciones á mi orden: las tomo á cuenta de los cuarenta mil francos que me debéis.

Dióse prisa el anciano á abrir la cartera y sacar los diez pedazos de papel de que con el alma y la vida ansiaba desembarazarse; pero al mojar la pluma en el tintero le detuvo una reflexión y se quedó con la mano en el aire.

—¡Ah! ¿Es cosa convenida con mi esposa?, dijo mirando al yerno.

—Sin duda, respondió Chaudieu; mi suegra y yo estamos acordes en todo. Firmad pronto que es tarde, y á la una he de estar en casa de Laboissiere.

Tranquilizado con esta seguridad, M. Bailleul escribió los endosos sin oponer objeción alguna.

—Os quedo en deber treinta mil francos, dijo así que hubo concluido; pero ahora, querido Chaudieu, reflexionadlo bien antes de comprometeros con Laboissiere: es un tuno muy largo y sabe más que vos. Yo en vuestro lugar tomaría más informes sobre esos barcos antes de arriesgar mi dinero. Al fin y al cabo cincuenta mil francos son una bonita suma, y no es prudente arriesgarla toda de un golpe.

—Tranquilizaos, respondió Chaudieu con irónica sonrisa: bien veo que os inspiro poca confianza, pero no soy tan pusilánime como imagináis.

Y sin aguardar respuesta salió del comedor. Diez minutos después trotaba por el camino de París, y á la una en punto llamaba á la puerta de Laboissiere, quien tenía sentados sus reales en la calle Nueva Vivienne, en el centro del barío industrial.

(Continuará.)

Sederías Suizas franco de aduanas á domicilio!

Pídanse las muestras de nuestras Sederías, novedades de primavera y de verano para vestidos y blusas.

Diagonal, Crespón, Surah, Moiré, Crepe de Chine, Foulards, Muselina, 120 centims. de ancho, desde pesetas 1,45 el metro, en negro, blanco y color, así como **las blusas y vestidos bordados** en batista, lana, hilo y seda.

Vendemos nuestras sedas, de solidez garantizada, **directamente á los particulares y franco de portes y aduanas á domicilio.**

Schweizer & C.^a LUCERNA L 10 (Suiza)

Exportación de Sederías Proveedores de la Real Casa

RECETA CULINARIA

Escabeche de merluza

Después de bien limpia la merluza y cortada en lonjas, se fríe en aceite.

Una vez frita, se pone en una olla grande de barro, que no esté vidriada, y se va llenando con un caldo formado por agua y vinagre fuerte, unas rajadas de limón, hojas de laurel verde y la sal necesaria.

A las veinticuatro horas de permanecer la merluza en esta salmuera, puede servirse, y también puede conservarse así por espacio de algunos días.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont, núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona



QUINA-LAROCHE

TÓNICO, RECONSTITUYENTE y FEBRÍFUGO
Recomendado por todos los Médicos.

La **QUINA-LAROCHE** es de sabor muy agradable y contiene todos los principios de las tres mejores especies de quinas. Es superior con mucho á todos los demás vinos de quina y está reconocida por las celebridades médicas del mundo entero como el Tónico y el Reconstituyente por excelencia en los casos de:

**DEBILIDAD, AGOTAMIENTO
FALTA DE APETITO, DISPEPSIA
CONVALESCENCIAS, CALENTURAS**

DE VENTA EN TODA BUENA FARMACIA
Exíjase la VERDADERA QUINA-LAROCHE

BOYVEAU-LAFFECTEUR

ROB

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR,
Calle Richelieu, 102, PARÍS, y en todas Farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARÍS, 31, Rue de Seine.



VINO y JARABE DE DUSART

al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.
PARÍS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE
DE LA MANCHA
COMPUESTO POR
MIGUEL DE CERVANTES SAavedra

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea é ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por don Ricardo Balaca y D. José Luis Pellicer.

Dos tomos folio mayor ricamente encuadrados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. 200 PESETAS ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS SRES JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLÉ —
LA LECHE ANTEPÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPILLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Case CANDÈS

INFLUENZA ANEMIA

VINO AROUD

RACHITIS CLOROSIS

CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.



ANEMIA

DEBILIDAD, NEURASTENIA, TISIS
Todos los Médicos proclaman que
el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)
á la Hemoglobina
CURAN SIEMPRE

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único inalterable.—Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

APIOLINA CHAPOTEAUT

Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas.

PARIS, 8, Rue Vivienne y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 onzas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLORE DUSSEY. 4, rue J.-J. Rousseau, París.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN